Los ladrones contra las personas, y 5

Grandeza y miseria de los ladrones

Tenemos que considerar que el robo es una de las 4 o 5 instituciones más antiguas y más importantes que ha tenido la humanidad, junto a la formación de pareja, la procreación, la busca de alimentos, la busca de una casa...

Al decir «antiguas», quiero hacer una precisión: de las más antiguas, diría, desde el Neolítico, desde cuando elementos naturales, como tierras, árboles, agua... pasaron a ser de uso propio de cada persona. Es decir: desde la aparición de la maldita propiedad.

Desde entonces, parece que siempre ha habido la tendencia de robar, de hacerse rico con lo robado, y de hacerse todavía más rico, robando más y más. De este modo se han fabricado pobres, en realidad, más que pobres, «personas empobrecidas por el robo de los ricos». Como dije en un lugar anterior, la tendencia de robar parece que siempre se ha hecho más fuerte en momentos de cambio, sobre todo de cambio económico, siempre que, de resultas de cualquier novedad, han aparecido ocasiones de hacer más beneficios. También en momentos de crisis, aprovechando la caída de otros. Quiero decir que parece que el proceso de robo ha avanzado más a saltos, que no de manera continuada.

Los robos, de un terreno, de una balsa de agua, de una manada de ovejas, de una casa, de una herencia, de un pozo, de un caballo, de una parte de una cosecha, y... a partir de ciertos momentos, según los lugares, de dinero (cuando ya lo había), han ido permitiendo que unas personas se hayan ido haciendo más y más ricas y otras se hayan ido empobreciendo.

Aparte de esta actividad, los ricos (los ladrones) han ido siempre «gobernando» la sociedad, siempre desde la sombra, siempre de forma que no lo parezca, pero que sea así. El robo es el centro de nuestra sociedad.

Lo que me parece más sorprendente de este fenómeno ya no es el robo en sí, sino el hecho, muy extraño, de que estos ladrones siempre han sido, y son, muy considerados, denominados con formas no solo respetuosas, sino incluso excelentes. Recordemos que, en nuestra Catalunya, a partir del siglo XI, momento de enriquecimiento, hubo una serie de apropiaciones de tierras campesinas (o bien, simplemente, de obligar a los campesinos a pagar unos determinados «derechos», que en realidad eran «torcidos»), todo mezclado con revueltas de los castellanos (que tenían la misión de proteger a la población desde sus castillos, de aquí el nombre de castellanos). Se comportaron como ladrones, revoltosos, violentos, pero... oh maravilla: en vez de denominarlos como lo que eran, continuaron, o bien empezaron, a ser llamados «señores» y «nobles». ¡NO ERAN NI UNA COSA NI LA OTRA!!! Y lo más grave es que así los han continuado denominando los historiadores. Pues bien: los tendríamos que denominar, a aquellos y a los de ahora, ladrones, apropiadores, extorsionadores, o términos parecidos, y las personas perjudicadas, que empeoran en su vida, o que no la pueden mejorar de verdad, las tendríamos que llamar «personas empobrecidas por el robo de los ricos». O simplemente «personas empobrecidas».

Su actuación no solo ha fabricado y fabrica personas empobrecidas, sino que ha provocado y provoca crisis, y ha arruinado países, sobre todo en el caso de países ya empobrecidos. Actualmente (quiero decir, antes de la crisis sanitaria), y desde hace tiempo, se estimula que, tanto las familias como las empresas e incluso los países, se endeuden, y se endeuden, porque este es el gran negocio de los grandes bancos: cobrar intereses, obligar a «renegociar» las deudas cuando ya resultan impagables, pero que aseguran la dependencia de cada vez más empresas (e incluso países) respecto de los ladrones bancarios, que tanto pueden ser del mismo país como de vete a saber de dónde.

Los ladrones del país, ni los ladrones del mundo, no podrían ejecutar sus robos sistemáticos y casi institucionales si no tuvieran toda la red de sus colaboradores. No se trata solo de colaboradores administrativos, sino de todo un séquito de cargos públicos y privados que les preparan las condiciones para que puedan continuar percibiendo sus ganancias injustas y, de vez en cuando, acumular otras nuevas, con nuevas leyes, o nuevas operaciones. Abogados («advocats i procuradors, a l’infern de dos en dos», decimos), jueces, aunque parezca mentida, políticos, no solo los que ya se sabe que les son amigos, sino también «algunos» de los otros, dirigentes eclesiásticos, y... sobre todo, sobre todo, periodistas, que hagan creer a la gente que son personas muy normales, y que, si las cosas se hicieran de otro modo, todavía iríamos peor. (Y... en algunos casos, y solo en algunos países, cuando les hace falta, incluso tienen grupos clandestinos de asesinos a sueldo.)

Una cosa que querría que quedara muy clara es que, muy a menudo, los ladrones lo son tres veces: 1) cuando se autoatribuyen una parte superior a la que les tocaría en justicia en el proceso productivo, 2) cuando no invierten los capitales y beneficios en actividades útiles y creadoras de puestos de trabajo, y 3) cuando no pagan los impuestos justos que los tocarían, o bien porque hacen trampas legales, o bien porque tienen el dinero en lugares donde están «protegidos».

Como ya hemos visto antes, uno de sus retos preferidos es hacer grandes obras, no siempre necesarias, pero garantizadoras de grandes beneficios. Y... pasando del concepto de ladrón al concepto de criminal, tenemos los negocios de venta de armas, una de las dos o tres actividades más rentables del momento. Así que la cima, por ahora, de su delincuencia, de su desvergüenza, ya no es fabricar pobres, sino fabricar... muertos.

Antoni Ferret